



EDITORIAL K

Reflexiones de un educador freiriano

Reflections of a Freirean educator

Por: Alfredo Manuel Ghiso¹

Resumen

Se expone una reflexión frente al rol de la educación con sentido, donde para buscar respuestas, es bueno trabajar metódicamente con los educandos, dedicando más tiempo al análisis crítico de nuestros lenguajes, de nuestras prácticas y en especial de nuestra vida cotidiana. En esa actividad aprenderíamos juntos a observar, comparar, seleccionar y establecer las relaciones entre los hechos y los discursos; ejerciendo el derecho a preguntar, discrepar, criticar, a ser curiosos, creativos abiertos y democráticos. Sin duda es un reto que vale la pena asumir, pero es imposible si no lo deseamos, si no restablecemos el impulso creativo que nos permite soñar con un país donde la vida tiene valor y las personas tienen y pueden llegar a ser sujetos capaces de ejercer democráticamente sus derechos como ciudadanos. Todo esto requiere de los educadores altas dosis de creatividad, energía, amor, respeto, diálogo y solidaridad.

Palabras clave Sujeto educador; dinámicas de socialización; prácticas educativas; pedagogía popular.

Abstract

It exposed a reflection on the role of education with meaning, where for to seek answers, it is good to work methodically with the students, spending more time to the critical analysis of our languages, our practices and especially our daily life. In this activity we would learn together to observe, compare, select and establish relationships between events and discourses; exercising the right to ask, disagree, criticize, be curious, creative open and democratic. It is certainly a challenge worth taking on, but it is impossible if we do not want it, if we do not restore the creative impulse that allows us to dream of a country where life has value and people have and can become subjects capable of exercising democratically their rights as citizens. All this requires educators high doses of creativity, energy, love, respect, dialogue and solidarity.

Key Words Subject educator; dynamics of socialization; educational practices; popular pedagogy.

¹ Educador popular,
Docente investigador
emérito. Medellín
(Colombia). Contacto:
amghiso@gmail.com

La revista Kavilando en el número 1 del volumen 9, es un homenaje de educadores, docentes e investigadores de la educación, al pedagogo latinoamericano Paulo Freire; él nos decía nadie nace sujeto y menos sujeto educador; los sujetos educadores se van haciendo, rehaciendo o deshaciendo a lo largo de sus historias en relación a unas prácticas sociales vivenciadas y reflexionadas. Si aceptamos esa afirmación, tendremos que admitir también, que el hacerse sujeto educador es un construirse ética política y culturalmente, por consiguiente, es una decisión vital, en un contexto que brinda unas condiciones que a veces posibilitan y muchas veces obstaculizan que los sujetos puedan realizarse acordes a opciones ético/políticas de cambio.

Ante esto, alguien podrá decir: *“me hice educador por casualidad, por necesidad y no hubo en mí, decisión o proyecto que me construyera como educador”*. Lo anterior, y más en los tiempos que corren y con las políticas educativas que las hegemonías en el poder nos imponen, no es una observación aislada; es, por el contrario, uno de los tantos problemas que arrastramos en la historia contemporánea de la educación: maestros contruidos directamente por estándares, indicadores y, sobre todo, por las leyes de la oferta y la demanda propias del mercado. Hoy más que

nunca, habitan los centros educativos que forman individuos inhabilitados para constituirse como sujetos educadores desde su autonomía y deseo, porque son las múltiples dinámicas socioeconómicas y políticas las que se encargan de ello.

El educador se hace, se constituye, en relación con otros y en contacto con el contexto que lo desafía o, por el contrario, se deja hacer y es constituido en la inercia y el sometimiento. Un educador que es decidido por otros. Hacerse sujeto educador hace parte de una decisión personal y social marcada por opciones pedagógicas, éticas y políticas, caracterizadas por la criticidad, la curiosidad, las preguntas, las elecciones, las iniciativas y las afirmaciones de sí mismo en el diálogo y respeto por los otros; es por ello una construcción intersubjetiva. Constituirse como sujeto educador es ir reconociendo, comprendiendo y delimitando, a lo largo de esa trayectoria vital individual y colectiva, el campo de actuación social. No hay sujeto, ni acciones sociales por fuera de campos, por fuera de esos espacios sociales estructurantes y estructurados, caracterizados por disposiciones y posiciones que ordenan la relación entre los distintos agentes que lo componen.

Es impensable, por ejemplo, querer hacerse sujeto educador por fuera de una axiología, o por fuera de relaciones interpersonales muchas veces conflictivas, antagónicas y desiguales, donde se intercambian bienes materiales y simbólicos según escalafones, compromisos, intereses, obligaciones y opciones. Esto que aparece en el campo actuación en el que el sujeto educador se hace y emerge, nos lleva a considerar que es un hacerse que exige crecientes niveles de conciencia crítica que socaven acomodamientos e ingenuidades. Es imposible hacerse sujeto educador sin reconocer los intereses que se juegan en el campo educativo, identificando cuáles de estos son comunes y cuáles de éstos están en contradicción. En este proceso, el sujeto educador que configura y se configura en un campo de actuación requiere reconocer el valor de lo que allí se juega y, a la vez, distinguir las distintas modalidades de juego y de formas de jugar.

Sin duda el campo de actuación educativo es complejo, en el confluyen múltiples juegos e intereses vinculados a lo político, lo económico, lo cultural, lo ambiental y lo organizativo. A la vez, en este campo de actuación, se tienen reglas de juego, existen múltiples formas de jugar y de relacionarse con ellas: unos, las siguen intachablemente, otros buscan

modificarlas para imponer sus intereses y dominios, y algunos se proponen transformarlas para responder a los desafíos del contexto. El campo de actuación educativo es complejo también porque en él se activan variadas formas de relacionamiento entre las personas unas más espontáneas y cotidianas y otras más formales e institucionalizadas; igualmente, en él, se legitiman modos de ser y hacer, saberes y por sobre todo sentidos de vida.

Es un campo de actuación complejo porque al mismo tiempo los sujetos involucrados actúan todo el tiempo de manera complementaria o antagónicamente en relación al capital cultural de grupos, instituciones e individuos, buscando inculcar, alienar, enajenar, o, por el contrario, acordando configurar autonomías y fortaleciendo dinámicas de apropiación.

Lo social – y por ende el campo educativo – parecería levantarse sobre los escombros de viejas normas morales, religiones y verdades... La corrupción, la impunidad, el tráfico de influencias y el autoritarismo, que, entre otras cosas, debilitan y aniquilan las normas sociales y las instituciones que se creía servían y ayudaban a conquistar un lugar como personas. Hoy, jóvenes y adultos siguen hablando y

profesando que hacerse personas es una cuestión que tiene que ver con condiciones, recursos, capacidades, derechos y responsabilidades; pero son pocos los que venciendo los miedos y vergüenzas van más allá de los discursos, ejercitan la conciencia y denuncian que éstos están distribuidos en forma desigual y que lo humano y las posibilidades de constituirse y ser tratados como tales, vienen siendo reconfiguradas a la luz de nuevas formas de desigualdad y exclusión. Qué como diría Paulo Freire (1970a) se presentan

Como si fueran determinantes históricas, aplastantes, frente a las cuales no les cabe otra alternativa, sino la de adaptarse a ellas. De este modo los hombres no llegan a trascender las situaciones... ni a descubrir y divisar más allá de ellas (p.121)

Melucci (2001) señalaba que "hoy nacen nuevas desigualdades que se basan precisamente en el modo en que se distribuyen estas potencialidades. No se trata ya sólo de disparidades materiales, sino de las desigualdades en las posibilidades que tiene todo individuo de realizarse como ser humano con plenos derechos." (p.43) Esta realidad se hace ilegible para muchos hombres y mujeres y para numerosos sujetos educadores porque en ellos se han resquebrajado y alienado sus referentes culturales, éticos y políticos, debido a la enajenación y

ruptura de los lazos constituyentes de identidad, pertenencia y solidaridad. Por ello la experiencia de lo humano y el compromiso por construir condiciones de vida más humanas y humanizantes son entendidos por muchos, como asuntos sin importancia y si la tienen es de orden privado y personal.

Muchos discursos neoliberales proclaman un nuevo estilo de ser humano en un mundo transnacionalizado financieramente y globalizado tecnológicamente; en ellos se enmascaran las situaciones de exclusión, donde la vida y la sobrevivencia son negadas para muchos pueblos; a la vez que se encubren las condiciones de opresión, ocultando así, cómo la dignidad humana de amplios sectores de población es sistemáticamente clausurada. La problemática que viven las personas, sus necesidades y carencias parecen reducirse a vanos discursos, que no cuestionan, ni asumen las realidades concretas en donde estas tendrían que entenderse y resolverse. La negación de la sobrevivencia y la clausura de la dignidad y autonomía de las personas sólo pueden ser mantenidas por mecanismos de represión, control social y de restricciones en el conocimiento, la información y la participación política. Esto se sostiene silenciando lo diferente, encubriendo la desigualdad social, silenciando a los

excluidos e implementando mecanismos y dispositivos comunicacionales que convierten a los sujetos y a las condiciones de injusticia en algo grotesco o ridículo (Torres, 2001) donde los victimarios se convierten en víctimas, y donde los que sufren aparecen ante la opinión pública como causantes de sus propias adversidades.

El sistema económico vigente y las leyes del mercado niegan la vida y la sobrevivencia, resquebrajando identidades y solidaridades en amplios sectores de la población. La *ley del más fuerte, del sálvese el que pueda, del es problema suyo*, se enraíza en la vida cotidiana de personas y grupos para poder cooptarla, controlarla y neutralizar toda esperanza, creatividad, indignación y atisbo de resistencia. Es parasitando las dinámicas de socialización primaria, secundaria y enquistándose en sus contenidos, valores y sentidos, donde se destruyen, desfiguran y reconstruyen individuos – hombres y mujeres – portadores de vergüenzas, frustraciones y miedos a perder los pocos bienes, a quedar sin trabajo, o a que se vulneren o pongan, en mayores riesgos, las condiciones de vida.

En este contexto las personas actuamos como seres sometidos a exclusiones y convencidos de que nada puede ser y hacerse distinto,

persuadidos de que las cosas son y serán así o peor; seres que adoptan la actitud de no alterar el actual estado de las cosas, el modo de funcionar de las sociedades, bien porque creen que éste es el mejor de los mundos posibles o bien porque consideran que es lo único que les toca y lo único en lo que podrían vivir. Como diría Freire (2001) en la sociedad actual se desproblematiza el futuro,

En una comprensión mecanicista de la historia, de derechas o de izquierdas, que lleva necesariamente a la muerte o a la negación autoritaria del sueño, de la utopía, de la esperanza. En una comprensión mecanicista y por tanto determinista de la historia, el futuro ya se conoce. La lucha por el futuro ya conocido a priori prescinde de la esperanza. La desproblematización del futuro, es una ruptura con la naturaleza humana que se construye social e históricamente (p.67)

No se busca desarrollar poderes humanos en las personas, porque no se los impulsa a la esperanza, no se los mueve a la autonomía, no se les repone la condición y necesidad de indignarse, no se los convoca al encuentro dialógico empoderador. Actualmente, la historia no conjuga con las esperanzas; tampoco los sentidos concuerdan con las acciones, las palabras desconocen y niegan los hechos. El cinismo parece haberse instalado como recurso sin el

cual, no es posible considerarse humano. Todo ello configura un tipo de personalidad con una disposición a la sumisión, a la credulidad, a la insignificancia, al autoritarismo, al conformismo, a la desesperanza; lo que lleva a concebir la realidad social, no como algo a transformar, sino como una realidad dentro de la cual tenemos que actuar sin pretender nada; cosificando y paralizando nuestras ansias de ser humanos.

Hace varios años el Psicopedagogo Gustavo Cirigliano (2004) escribía “Hoy, treinta años después de la publicación de pedagogía del oprimido, Paulo Freire escribiría Pedagogía del excluido” y esto porque hoy las personas no son siquiera oprimidas, o explotadas; hoy son simplemente negadas, ignoradas, inexistentes, invisibilizadas, en definitiva, excluidas.

La pregunta que nos hacemos es ¿qué puede hacer la educación por aquél que está siendo permanente y cotidianamente excluido, hasta de la misma educación?, ¿qué significa educar en el reconocimiento crítico de las condiciones subjetivas y objetivas de exclusión?, ¿qué puede aportar el educador, en procesos educativos con aquellos a los que se les niega sistemáticamente su condición de ser, de existir, de contar y que son situados como desechos

sociales o vidas desperdiciadas? La escuela y los maestros no son ajenos a las dinámicas de exclusión social, expresas en el autoritarismo, la violencia, la desigualdad, el abandono y a las sombrías perspectivas de vivir sin ninguna oportunidad que despojan a las personas de autoestima y seguridad en sí mismas. Los educadores y las instituciones educativas no son ajenos entonces a los procesos de opresión, alienación y enajenación, por consiguiente, de deshumanización.

Es necesario aclarar que tanto la deshumanización como la humanización son modos de actuar en la vida social. Uno u otro modo, le asignan al educador papeles y tareas educativas, que desde ya son contradictorias y antagónicas. Son modos educativos opuestos, que poseen concepciones contradictorias, de los contextos y entornos, de las personas y su papel, de los valores que orientan la convivencia y la participación social, en las instituciones y en los ambientes educativos informales y cotidianos. Es por esto que el papel del educador no es neutro. Existe una opción, una decisión, que en nuestro caso es la de una educación humana, que desafía ética, política y pedagógicamente la propuesta del modelo neoliberal vigente. Ante esto Freire (1970b) señalaba que el educador

No puede ser un hombre neutro frente al mundo, un hombre neutro frente a la deshumanización o la humanización, frente a la permanencia de lo que ya no representa los caminos de lo humano o el cambio de éstos caminos (...) La opción que haga (...) irá a determinar su rol, como sus métodos y técnicas de acción. Es una ingenuidad pensar en un rol abstracto, en un conjunto de métodos y de técnicas neutros para una acción que se da entre hombres en una realidad que no es neutra (Pp.16-17)

El campo de actuación en el que operan los educadores exige entonces de opciones, decisiones: o adhiere al cambio que humanice y dignifique o trabaja fortaleciendo la exclusión, la manipulación, la domesticación en y para un sistema socioeconómico excluyente e indigno. Por ello, es el educador el que asume y decide el papel cultural, político y social que jugará en la realidad social que lo desafía e interpela. Actuar desde estas opciones pasa por reconocer la práctica pedagógica y la institución educativa como construcciones humanas y no como algo dado, eterno, intransformable y acabado. Tanto el campo de actuación, como el actor y sus responsabilidades tienen que entenderse como realidades socioculturales y psicosociales que se están haciendo, que cada día se pueden ir

perfeccionando en la dirección que les demos: hacia la deshumanización y exclusión o, hacia la humanización y el reconocimiento social.

Una propuesta que no refuerza la expulsión y exclusión social, económica y cultural de las personas opera sobre el reconocimiento de éstas, entonces es posible que los educandos y educadores descubran sus fortalezas y debilidades, sus potencialidades, posibilidades y limitaciones. Esto es imposible si se piensa la actuación educativa como movimiento desde el autoritarismo y la soledad inhabilitantes; porque las personas se reconocen y habilitan como tales en el encuentro, en la comunicación y en el diálogo. Por ello, que uno de los retos de los educadores que optan por la vida y la dignificación de las personas sea el de promover vínculos y procesos comunicacionales, entendidos como espacios sociales – reales o virtuales – para el encuentro; donde es posible y necesario establecer ritos y mitos que fundamenten y hagan practicable el compartir solidario, capaz de superar tensiones y recortar las distancias relacionales, permitiendo así, identificar y potenciar las convergencias e identificar y respetar las diferencias, buscando siempre no confundir respetar diferencia, con aceptar acríticamente la desigualdad. Desplegando en todos los momentos “una crítica esperanza que mueve a

los hombres hacia el cambio” (Freire,1970b, p.19)

El papel del maestro no es sólo transferir conocimientos sino socializar en el reconocimiento, lo que quiere decir que hoy más que nunca el educador tiene que priorizar la formación sobre la instrucción, facilitando las condiciones y promoviendo los procesos en la que todos (docentes, alumnos y padres, en el caso de la escuela) se reconozcan como personas con autonomía, capaces de ser solidarios. Socializar y formar en el reconocimiento y la aceptación de los otros es una de las maneras de superar la indiferencia, el individualismo, los egoísmos y los autoritarismos que excluyen y oprimen

Es necesario que como educadores reconozcamos que somos humanos que vivimos en la tensión entre el asociarnos y el aislarnos, es por ello que uno de los papeles de la escuela y de los actores educativos es el de formar en el encuentro, en la solidaridad y en la colaboración. Esta intención se hace realidad cuando en las escuelas su acción busca integrar a los actores, destacando sus posibilidades y apoyando el ejercicio de sus responsabilidades y derechos; cuando las personas se hacen capaces de reconocer hasta qué punto están condicionadas o

influidas por las estructuras económicas, haciéndose capaces de intervenir en la realidad condicionante. Ante esto Paulo Freire (2001) agregaba

Saberse condicionado y no fatalísticamente sometido a éste o aquel destino abre el camino a su intervención en el mundo. Lo contrario de la intervención es la adecuación, la acomodación o la pura adaptación a la realidad, (...) que no se discute.

En estos planteamientos no hay ingenuidades, cuando un grupo de sujetos educadores buscan humanizar, dignificar y proponer justicia social el campo de actuación se convierte en un campo de lucha política, cultural y ética, donde no solo entran a confrontarse técnicas, métodos o recursos, sino y por, sobre todo, los valores sociales y culturales que ponen norte a la acción educativa. La labor de determinar una dirección, al quehacer educativo, no es simple ya que tiene que asumirse el reto de contextualizar, actualizar y resignificar críticamente una serie de valores y de prácticas sociales, culturales, políticas y económicas que han sido vaciadas de sentido. Dar orientación, proponer acuerdos éticos y prácticos implica negociación y convenir alianzas y compromisos que posibiliten, a lo largo del proceso educativo, constituirse, actuar y resolver sus

necesidades y conflictos de una manera digna.

Educadores y alumnos tienen el reto de ser constructores de instituciones sociales, configurando ambientes en donde se desarrolle la vida. Lo que no niega que sean ámbitos en los que se confrontan sentidos y proyectos, se establecen relaciones incluyentes, repeliendo y denunciando las prácticas excluyentes productos de ejercicios de poder autoritarios y antidemocráticos.

Las instituciones educativas, entendidas como ambientes construidos y significados para la vida digna y la formación humana de las personas, no pueden ser configuradas como espacios de vigilancia, encierro y castigo; tienen que ser espacios que favorezcan dinámicas sociales de aprendizaje, de creación, de comunicación y de colaboración y no lugares caracterizados porque en ellos los sujetos se enfrentan o someten a injusticias y exclusiones. Sin duda, asumir este papel como sujeto educador es asumir riesgos, pues el riesgo es un ingrediente necesario en la vida humana, sin el cual no hay cultura, ni historia.

De aquí la importancia de una educación que, en lugar de tratar de negar el riesgo, estimule a las

mujeres y a los hombres a asumirlo. Asumiendo el riesgo, su carácter inevitable, me preparo o me hago apto para afrontar este riesgo que me desafía ahora y al que debo responder. Es necesario que sepa que no hay existencia humana sin riesgo. (Freire, 2001, Pp.40-41)

Hoy, una responsabilidad de los sujetos educadores es la de reconocer las condiciones objetivas que someten a las personas a exclusiones, vulnerabilidades y riesgos y formar en la conciencia crítica y en el reconocimiento lúcido de los riesgos que se corren o se pueden llegar a correr, y así desenvolverse con dignidad y eficacia en relación a ellos. Esta es tarea necesaria para cada docente, porque en un contexto signado por las inequidades, la violencia y un tejido social que se deshace, requerimos aprender a leerlo, valorarlo y a actuar en él, como sujetos capaces de tejer vínculos en la conflictividad, reconociendo que, aunque nuestra actuación no lo pueda todo, la práctica educativa puede algo. Esta afirmación rechaza, por un lado, el optimismo ingenuo y se opone, por el otro, al pesimismo acrítico y reproductivista. Ni la postura optimista y voluntarista, ni la pesimista y acomodada nos permiten dar respuestas a la inquietudes planteadas; solamente el entender los ambientes y las prácticas educativas como espacios sociales abiertos a asimilar y descubrir

sus riesgos, posibilidades y potencialidades facilita el avanzar en la comprensión del problema y en la búsqueda de pistas para darle respuestas.

Para esto se necesita algo más que un compromiso con la educación y la escuela en su estado actual. Lo que se requiere es una “visión ampliada” que vaya más allá de los recursos actuales, las estructuras institucionales, los planes de estudio y los sistemas tradicionales de instrucción... hoy existen nuevas posibilidades que debemos aprovecharlas con espíritu creador y con la determinación de prestar atención prioritaria al aprendizaje y a los ambientes en los que éste se genera.

En las prácticas educativas, todos los que allí están involucrados aprenden en sus interacciones y en la expresión que hacen de sus vivencias y experiencias como sujetos. Y es en ambientes institucionales y públicos donde los diferentes actores ponen de manifiesto no sólo sus códigos, relatos y discursos; sino también sus posiciones, valores y formas de actuar. Siendo la acción dialógica la mediación más potente, para poner de manifiesto lo que entienden y valoran al hacer ejercicios de poder. El educador no enseña cultura y valores democráticos, los aprende y practica con sus educandos cuando

se reconoce el también como un sujeto inacabado y en construcción, esto le exige “*valentía, confianza en nosotros mismos, respeto hacia nosotros y hacia los demás.*” Cómo enseñar valores democráticos, el reconocimiento de las personas; cómo promover la interacción comunicativa como clave de la formación de ciudadanía; “cómo escuchar al otro, cómo dialogar, si sólo me oigo a mí mismo, si sólo me veo a mí mismo, si nadie que no sea yo mismo me mueve o me conmueve (...)” (Freire, 1994)

Es necesario entonces aprender a moverse en ambientes y en dinámicas sociales donde la seguridad es insegura, la certeza incierta, confrontando opciones y prácticas autoritarias y sectarias, en las que los que poseen los saberes, conocimientos y verdades son demasiado seguros de sí mismos. Es tarea del sujeto educador romper las certezas y seguridades radicadas en estructuras, normas y funciones que bloquean ambientes, procesos, dinámicas y diálogos que construyen cultura democrática, enfrentando sin dudas amenazas y obstáculos que se generan en territorios ideológico-económicos y en dinámicas socio/culturales caracterizadas por el individualismo, la desagregación, la desconfianza, la amenaza y el aniquilamiento del otro.

Reconocer que los procesos por los que aprendemos a ser sujetos se contextualizan en tensiones sociales, culturales políticas y económicas, nos permite bajarnos de una visión idílica, - propia del que enseña, no del que aprende - y ubicarnos en una vivencia nómada, llena de tránsitos, búsquedas, luchas y contradicciones; donde la emoción, el querer, la acción y el lenguaje serán los ámbitos determinantes de la configuración que de justicia democracia y creatividad social elaboren y sostengan los diferentes actores involucrados en el proceso educativo.

Para buscar respuestas, es bueno trabajar metódicamente con los educandos, dedicando más tiempo al análisis crítico de nuestros lenguajes, de nuestras prácticas y en

especial de nuestra vida cotidiana. En esa actividad aprenderíamos juntos a observar, comparar, seleccionar y establecer las relaciones entre los hechos y los discursos; ejerciendo el derecho a preguntar, discrepar, criticar, a ser curiosos, creativos abiertos y democráticos.

Sin duda es un reto que vale la pena asumir, pero es imposible si no lo deseamos, si no restablecemos el impulso creativo que nos permite soñar con un país donde la vida tiene valor y las personas tienen y pueden llegar a ser sujetos capaces de ejercer democráticamente sus derechos como ciudadanos. Todo esto requiere de los educadores altas dosis de creatividad, energía, amor, respeto, diálogo y solidaridad.

Referencias Bibliográficas

- Cirigliano, G. (2004). Para una pedagogía del excluido: reflexiones de un viejo profesor. En A. Araujo, *La pedagogía de la liberación en Paulo Freire* (págs. 77-79). Barcelona: Graó.
- Freire, P. (1970a). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI editores.
- Freire, P. (1970b). *Cambio*. Bogotá: América Latina.
- Freire, P. (1994). *Cartas a quien pretende enseñar*. México: Siglo XXI editores.
- Freire, P. (2001). *Pedagogía de la indignación*. Madrid: Editorial Morata.
- Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información*. Madrid: Trota.
- Torres, J. (2001). *Educación en tiempos de neoliberalismo*. Madrid: Morata.